

el tablao



¿Entramos o no en el Mercado Común? Oiga, que ya nos han quitado la multa por pisar la raya amarilla, ¿qué más quieren? Oiga, oiga, señor Giscard, que no se me vaya, que usted nos dijo, que habló... ¡Hala que prisa! ¡Ya se ha ido! ■ ALBERTINA.

MAS JUSTICIA

La historia va por donde quiera, pero, de pronto, se concentra, adquiere sentido y salva a las víctimas. ¿O es que no han leído ustedes «Los miserables»? Debido al indulto general, adultos generales que no han leído a Hegel, ni a Torcuato Fernández Miranda, ni a Balmes, ni a Apostua, y que no saben quién fue antes y quién fue después, quedan limpios al estilo del blanco solar y del blanco blanquísimo. Ni se han enterado de la coyuntura. Escribamos sus nombres con la tinta azul purísima de la inocencia: Bastos del Real Zaragoza; Panadero Díaz, del Atlético de Madrid; el presidente del Turón; los delegados del Mallorca y del Pegaso; el presidente del Guecho; el delegado de campo del Rácing de Santander; Ramos González, del Lemos; al presidente del Calella, y a un auxiliar del Santurce. Esto por lo que toca al fútbol. En lo que toca al boxeo, quedan limpios como la patena Perico Fernández, los preparadores Martín Miranda, Alfonso Goya y Marzari. Y luego en baloncesto y en ciclismo. Por ejemplo, Bahamontes, que había sido sancionado indefinidamente, o sea, de una manera no definida, si la gramática no falla. Y quedan los oriundos, que los ha venido Dios a ver. Así que nada,

pelillos a la mar. La D. N. D. se ha portado. Y menos mal que no ha habido delitos financieros por el medio, porque si no se hubiera notado más la alegría. Como decía Sor Juana Inés de la Cruz: «Hombres necios que acusáis — a la mujer sin razón — sin ver que sois la ocasión — de lo mismo que culpáis.» Y quien dice mujer dice también contrabandista, estafador, defraudador, y por ahí adelante. Los han perdonado a todos, con bondad y fe en su mea culpa — aunque yo sé muy bien encima de lo que se van a mear —, sin que tuvieran necesidad de ejecutar lo que en el antiguo lenguaje de la tauromaquia se llamaba el «pase del perdón», que era ponerse de rodillas delante del toril y recibir así, genuflexa y valerosamente, al cornúpeta entero y justiciero. Aquí paz y después gloria. Borrón y cuenta nueva. Si te he visto no me acuerdo. El que sigue la consigue. La perseguida hasta el catre. Parada y fonda. Y vuelta a empezar. Nos alegramos por los futbolistas, por los ciclistas, por los boxeadores. Lástima que el director de «Triunfo» no sea futbolista, ni ciclista, ni boxeador. ¡Si por lo menos hubiera sido presidente del Turón! Jolín, ¿pero qué ha hecho ese tío durante estos años de paz y de unión entre los hombres y las tierras de España? Pues se ha pasado el tiempo leyendo los artículos de José Aumente y de Haro Tecglen. ¡Te digo lo que hay! No, si es que Dios ciega a los que quiere perder. Es la hija. ■ DEOGRACIAS.

LIBERTAD DE PRENSAS

Aquí ha habido un error. Falta una ese. No es «libertad de prensa», sino de «prensas». Un error

aparentemente trivial, pero tan lamentable como escribir Goebels con una sola be, u olvidar el hecho de que tenía categoría de mariscal. De lo que se trata es de la libertad de prensas.

En primer término, toda información tiene derecho a ser prensada. Es decir, a que le sea extraído el jugo hasta convertirse en un ollejo. Puesto que los ollejos son indigestos, se obtiene una ventaja adicional: que la gente no coma uvas. Si no, luego hay las borracheras de ollejo que hay, y

se dicen las bobadas que se dicen.

Por otro lado, está el sujeto activo de la información (ver Pedrol fumándose un puro con abrigo de cuello de astrakán, opinante sobre el secreto de las fuentes), que es el periodista. También goza de su inalienable derecho a ser prensado. Desde luego —y además— el periodista puede reclamar la asistencia iletrada en el momento de su pensamiento, así como el privilegio de que éste se realice mientras el sujeto activo de la in-

LOS PRETENDIENTES

PENELOPE tejía y destejía, los pretendientes acechaban. Proponían, ofertaban, se tendían trampas mutuas, buscaban presiones y ayudas. Algo eterno y misterioso hay en esta situación para que regrese siempre a la literatura, traspasando siglos. Y milenios. Algo está embarrado en el inconsciente colectivo, si es que tal cosa existe.

Hay ahora una danza de pretendientes. Un ballet de primeros ministros. Y de segundos, y de terceros. Un coro de directores generales, una danza de subsecretarios. No hay día sin que alguien no emita un programa político. La patria puede estar satisfecha: el número de sus salvadores es impresionante. Todos muestran una gran prisa. ¡El momento se pasa!

Pero ¿quién distingue, entre estos pretendientes, uno de otro? Todos tienen el mismo sonido grave y profundo. A hueco. Todos tratan de componer la misma imagen. Que no es fácil. En primer lugar, no quieren estar enteramente en la oposición. Es una palabra demasiado molesta: arrastra una carga peyorativa desde hace decenios. Pero tampoco quieren estar del todo fuera de ella. De la misma manera, no quieren estar dentro del régimen, pero tampoco quieren aparecer como fuera de él.

Estos difíciles ornitorrincos, asombro de naturalistas, tienen algo en común: han sido. En los anuncios de empleo se dice siempre: «Se requiere gran experiencia», o «haber desempeñado puestos similares». El que no haya sido, no será. Simultáneamente, tienen que ser como si hubiesen despegado, abandonado, olvidado, el régimen en el que fueron. ¡Ah, pero sin que se sospeche de su lealtad! Mientras sirvieron, sirvieron bien y honestamente. Cuando dejaron de servir, se reservaban para el futuro. Tienen que ofrecer una sensación de novedad absoluta y al mismo tiempo una imagen de lo que nunca cambia, de lo que no puede ser distinto, aunque sea distinto.

Como en España se ha sustituido la política de partidos por la política biográfica, cada pretendiente es un partido, con principio y fin en sí mismo. Y quizá en algunos aduladores apéndice, en algunos segundones que no tienen la biografía suficiente como para aspirar a desempeñar los primeros papeles.

¿Los mismos collares con distintos perros, o los mismos perros con distintos collares? ¿Quizá los mismos perros con los mismos collares? La idea de los perros sin collar no sobreviene fácilmente. Los perros vagabundos deben ser siempre perros vagabundos. Su destino: enlaquecer en las esquinas, ser cazados por los laceros. Tal vez terminar en la cámara de gas. Los perros vagabundos son siempre peligrosos. A lo mejor, escriben.

Danza cortesana de los pretendientes. Música de Lulli o de Rameau. Crinolinas, encajes y chaqués. Los pretendientes se visten y visten a sus distinguidas esposas. Aprenden la reverencia y el rendir.

Es conmovedor cuántas personas hay dispuestas a salvar a la patria. Una maravilla. ■ POZUELO



GOMA

UNO de los primeros chistes que me enseñaron en mi cada vez más remota niñez era la estupidez siguiente. Un niño le dice a su mamá: Mamá, mamá, yo sé una palabra muy larga. A ver niño, dímelas. Goma. Pero niño, si esa es una palabra muy corta. Estírala y verás.

Perdonen. Comprendo su indignación. En este último mes su paladar de consumidores de chistes se ha regalado con bocados tan exquisitos que comprendo, perfectamente, el sabor a bodrio que tiene el que acabo de contarles. Pero es un chiste cargado de significación nacional. La permisividad de que gozamos y no gozamos, tenemos y no tenemos, es algo tan perfectamente estúpido como el conjunto de mi chiste y tan precario como la longitud de la palabra que pronuncia el niño listillo. Topé la tarde del discurso de la proclamación con colegas, exultantes que gritaron más que hablaron.

- ¡Sixto! ¡Se acabó! Ahora lo podremos decir todo.
- ¿Todo?
- Todo.
- ¿Todo?
- Bueno, todo, todo. No te pases tú ahora.
- Sígueme.
- Vamos Sixto. Ahora resulta que me detienes. No sabía que habías ingresado en la policía.
- Te digo que me sigas en mi razonamiento. A saber. ¿Nos vamos a homologar europeamente, sí o no?
- Eso dicen.
- ¿Holanda es Europa?
- Eso creo.
- En Rotterdam he visto a trotskistas vendiendo prensa trotsquista en la que ponían a parir a la reina de Holanda.
- Mis interlocutores me miran y no sé si en la posición teórica de mono de zoológico contemplado por un señor, yo soy el señor o el mono del zoológico.
- ¿A dónde vas?
- A la siguiente conclusión. Que ni prensa trotsquista, ni trotskistas vendiéndola, ni reina de Holanda en la picota, ni nada de nada. Adiós muy buenas.
- Me voy en mutis señor. Pero me siguen.
- Oye, tú te estás quedando con nosotros. No te pases. ¿Acaso tú eres trotsquista?
- No. Pero soy un liberal y quiero morir amortajado con el hábito liberal.
- Se han cabreado. Lo leo en el resoplido de sus pies sobre el asfalto, ahora, uno, luego el otro, como si les estorbara compartir una parcelita del mundo con el colega que les niega el derecho a creer en que por fin son libres. Recuerdo entonces al niño de mi chiste y me siento algo madre del niño de mi chiste. Por eso les paso los brazos por los hombros y propongo.
- Pero bueno. La cosa va para mejor. Unos chatitos y celebramos el aumento de longitud de las palabras. ■

SIXTO CAMARA

formación tiene metida una cámara fotográfica con flash en la misma boca.

Estas libertades de prensas, con ser importantes, no deben hacernos olvidar las que posee el sujeto pasivo de la información, es decir, el que se pone debajo (el sujeto pasivo es el que se pone debajo y se deja), talmente como si lloviera y se construyese una casita de papel. En resumen, el que se gasta unas piasstras para ver si se entera de algo. También tiene derecho a ser prensado.

Sobre el derecho de prensas en este sentido lato, prepara Hermano Lobo una encuesta en la que participará don Antonio Garrigues (El Mayor) y Fernando Castelló (el único que hay hasta que empiece a mocear un sobrino suyo que también se llama Fernando), así como un nutrido grupo de profesionales y geopolíticos que echaron los dientes cuando lo del Weimar. ■ CAÑAVERAL.

LA PAGA CONGELADA, BIEN DOBLADA

Este país no tiene remedio. Demonios familiares, es lo que tiene. No hay tradiciones de convivencia, ni alegría de la viña (el que no come la diña), ni modales para dar las gracias por los insultos. Pero, ¿qué quiere la gente? Deberían estar todos que si un ratito leo a Martín Ferrand y luego doy las gracias a Dios, que si otro ratito leo a Blanco Vila y me congratulo de pertenecer a un país con el genio de la raza en la calabaza. Y en vez de eso, no. Se con-

gelan los salarios, se hace todo para bien, y da lo mismo.

En cualquier lugar civilizado, si se congelan los salarios, pues se dice, «viva, viva», y se guardan los salarios con cuidado y se hace el bocadillo más pequeño, y ya está. Pero somos unos especuladores, unos individualistas y unos eyaculadores (porque esa es otra). Vamos todos a tener que hacernos argentinos, como Gironella, o encerrarnos en nuestra casa de Mallorca, como Cela, porque esto no hay quien lo aguante.

Pero, vamos a ver, ¿no es más fácil guardar una cosa doblada? Entonces. Te meten una congelación de salarios doblada, por tu bien, y en vez de guardártela en el bolsillo, te pones hecho una furia. Y eso pasa porque hay mucho indocumentado. Gente que no entiende de macro y micro, y en vez de preguntar, que es lo que deben hacer los ignorantes, protestan. En casos así, se va por ejemplo al «Ya»; se pregunta con corrección al portero que quién es el señor que hace los editoriales económicos; si el portero dice veinte nombres, por lo del equipo, pues se contesta que uno cualquiera; se espera en la sala de visitas; si pasa Aquilino Morcillo, se le saluda en pie quitándose la boina. Luego, cuando llega el editorialista, se le ruega que explique que la congelación de salarios es por tu bien, merluzo. Si hace falta, se repite la misma operación con todos los periódicos de la mañana. Eso es lo que se hace cuando hay modales y tradiciones democráticas como debe ser.

Pues claro, hombres, pues claro. A ver, cantad conmigo. Venga, todos, sin vergüenza: «Estamos muy contentos, muy contentos con los salarios muertos, estamos contentados, contentados, con los salarios bien congelados». Eso es.

Así. ■ RECOLETOS.

